

envidia y nuestra admiración. La Prosa,—esta cosa vieja y celosísima según la describiera Stephan Mallarmé,—era en Pater a la vez un modelo y una cadencia, pintura y música. Jamás sugiriendo «prosa-poética» híbrida, la quietud de su estilo, atmosférico, lánguido, sonante de dulces tonos en voz baja, está casi siempre en el verdadero ritmo de la prosa. La ligereza está ausente. El tiempo casi no existe. No persigue la brillantez; es la suya una pompa hierática, pudiera decirse casi episcopal. Las cláusulas desenvuelven sus distancias muy coloridas; hay ecos, repercusiones, imágenes tonales, y evocación melódica; raramente se confunden unas cláusulas con otras; en compensación se nos brinda armonías nuevamente orquestadas tan salientes, tan mordientes, y tan sutilmente raras como las cuerdas en la música de Brahms y Debussy. Es una prosa buena, pero pocas veces sobria. Es algo extremadamente personal, y mientras que no resulta musical para todos los gustos, está exquisitamente adaptada a la idea que viste. Leed a Ruskin en voz alta y haced lo mismo con Pater, y las armonías magnificentes de aquél seducirán el oído por la sonoridad; pero Pater, como Newman, se adueña del oído por medio de una trampa persuasiva, más delicadamente variada, y con más seductores registros. Nunca de efectos oratorios, dentro de una elocuencia ligeramente disimulada, la última manera de Pater tendía a combinaciones más nuevas. De su prosa puede decirse, empleando sus palabras en lo que se refiere a otro tópico: «Es belleza trabajada desde adentro... un depósito, célula por célula, de pensamientos extraños, de fantásticos delirios y de pasiones exquisitas».

La prosa de Jeremy Taylor es más apasionada, más rica la de Sir Thomas Browne y llena de caprichos relampagueantes; hay más hondas tonalidades de órgano en De Quincey, y Ruskin los supera en efectos rítmicos y sonoros; pero la prosa de Pater es más sinuosa, sutil, más feliz, y en su esencia más acabadamente intensa. Es mórbida algunas veces, y su polifonía opulenta se evapora sino se está de humor para oírlo, y en mayor medida que la de los clásicos, porque el mundo es más antiguo y Pater a menudo sintió el tedio de la vida. Pero las sugerencias de la morbidez pueden encontrarse en cada escritor desde Platón hasta Dante, y desde éste hasta Shakespeare y Goethe. No es sino la débil especie de la mortalidad lo que brinda un perfume estimulante pero fuerte a todas las literaturas. El buen arte está siempre tan amenazado como corrompido. Puede haber un átomo

de verdad en tal acusación. El hombre no puede vivir solamente por la sabiduría, sino que él creó el arte para consolar, para excitar, para exultar. Puede el Arte ser una aventura peligrosa y también un narcótico como la Religión. Por desgracia estamos perdiendo el gusto por eso de ir al acaso en medio de las ideas peligrosas. Una vez privados de la determinación propia, del libre albedrío, el hombre cae pronto en una existencia vengativa. Donde quiera que aparece un poeta o un filósofo se le acusa rudamente de entrometerse con la Moral común. Esto es solamente un modo de la mediocridad de ajustar muy marcadas desproporciones mentales. La diferencia engendra el odio. En este período, cuando el Arte y la Literatura son desdeñados y perseguidos con violencia, no hay que asustarse por la palabra «perverso». En cuanto a mí, como viejo experto en venenos literarios y artísticos, jamás he encontrado un libro o un cuadro o una sonata cuya inmoralidad sea tal que mate a veinte pasos de distancia. Alegraos, leed a Pater, Baudelaire y la Biblia,—de la cual se derivan,—y no hay que asombrarse ante las baterías disonantes de los compositores neo essitas.

Hay otro Pater, uno que no se parece al que hace ondular frases de color de seda. Si recuerda la riqueza de Keats por la contextura de la prosa, también sugiere las arideces de Spencer. Hay ensayos suyos tan fríos, como lógicamente adamantinos, y tan tortuosos como las sentencias de la «Filosofía Sintética». Por fortuna su tendencia al razonamiento abstracto fué subyugada por lo humano de su temperamento. No hay muchos «entrepaños purpúreos» en su prosa;—«púrpura» a la manera de De Quincey o de Ruskin—ni es un estilo con las

FLORES DE OTOÑO Y OTRAS POESÍAS

Tal es el título de la nueva edición, aumentada y corregida, que estamos haciendo de los versos del recordado poeta colombiano

ISAIAS GAMBOA

En cinco partes se divide la obra:

Flores de Otoño. (Diez selecciones).

El Cauca. (Poema descriptivo).

Tres poemas. (Fantasía, Ante el mar, Primavera).

Otras poesías. (Al Río Meta, el Poema del Dolor, Carta de ella, Anda, etc.)

Traducciones y paráfrasis. (Entre otras, la famosa de EL CUERVO, de Poe).

Como han sido tantas las personas que por los sentidos versos de ISAIAS nos han preguntado, y como la edición es corta, conviene que nos recuerden sus nombres los interesados, para que no parezca descuido lo que sería simplemente un olvido. Vengan nombres y direcciones, y con ellos, el valor del ejemplar: \$ 2-00.

frangas de «la estrella boreal». Nunca escribió en forma íntegra. Por la agreste retórica y las aptitudes mímicas de mucha literatura moderna no sintió la menor simpatía. Su crítica es católica. Consideramos sus ensayos sobre Lamb, Coleridge, Wordsworth, Winckelmann, para no citar las maravillosas obras maestras,—los estudios sobre Da Vinci, Giorgione, Botticelli, Joachim du Bellay.—Aun los ensayos menores que recientemente han sido coleccionados, ligeros en cuanto al tema y la ejecución, revelan siempre al maestro.

Un poco enclaustrado en su actitud hacia el mundo normal de trabajo, a menudo el artista por amor al arte no puede perturbar las corrientes principales de la literatura; pero siempre será un escritor para los escritores, un crítico para los críticos. Los libros pequeños pueden realizar su destino. Pater fué un pensador cuya visión horada la corteza de lo aparente, el compositor de una prosa polifónica que repercute en un armonioso adagio percibido dentro de los muros de una catedral gótica, a través de ventanas multicolores por las cuales penetra una extraña luz diurna. Sostenía con predilección que todas las Artes aspiran a realizar las condiciones de la Música. Esta idea es el teclado de Walter Pater, místico y músico, quien, como su Mario el Epicúreo, llevaba toda su vida dentro del pecho, y, a través de un sitio lleno de muchedumbre, su propia alma...

Después de leer estas piezas exhumadas sobre Moore, Wilde, y otros, volvemos hacia el «Coningsby» de Disraeli y la exclamación de la Princesa: «Yo quisiera que la vida fuese un poco menos dantesca». Pater puede ser lo que se desee, pero nunca dantesco. Y hay que recordar el incidente en «Alton Locke», cuando el viejo Sandy Mackage lleva a Alton a un callejón de Londres y le ruega que haga poesía fuera de él: «Cuenta cómo viste la boca del infierno y los dos pilares de la entrada, la tienda del prestamista a un lado y el palacio del juego al otro,—dos demonios monstruosos devorando hombres, mujeres y niños, cuerpo y alma. Mira las fauces de los monstruos, cómo se abren para tragar sus víctimas una tras otra. Escribe sobre eso!» Ni aun la sugestión hecha por Sandy de que la tragedia clásica fué comprendida en el episodio,—el hombre conquistado por la cruel circunstancia,—habría tentado a Pater a estudiar un caso tan concreto. Escribió bellamente sobre cosas bellas. Pero sobre violetas estrujadas,—jamás!

New York, 1919.

(Traducción y envío de RAFAEL HELIODORO VALLE, Washington, 1920).